

LA MUERTE COMO MALESTAR EN LA CULTURA.

Diego Barrios Rodríguez¹

RESUMEN

La muerte, incluida por Freud como una de las fuentes del humano sufrimiento ha tenido diversas alteraciones históricamente llegando a lo que hoy se conoce como “muerte romántica”. La tarea del psicoanálisis es devolver la palabra al sujeto ante la muerte velada y siniestra de nuestra cultura, misma que ha sido arrebatada por la psiquiatría moderna medicando a la “depresión” y banalizando a la muerte. La apuesta del neurótico es, mediante su síntoma buscar un acomodo, un goce, un *bien-estar* en la cultura. En lo inútil que resulta el recorrido de la pulsión sin meta otra que la muerte, la angustia nos obliga a pasar de un instante a otro en un acto, una palabra más dentro del discurso. El verdadero valor de la libertad será saber que se puede decidir morir y así continuar escribiendo.

Palabras clave: Muerte, depresión, duelo, malestar, histeria.

ABSTRACT:

Death, included by Freud as a source of human suffering historically has had several changes coming to what is now known as "romantic death". The task of the psychoanalysis is to return the word to the subject before the veiled and sinister death of our culture, same that has been snatched by the modern psychiatry medicating to the "depression" and trivializing to the death. The bet of the neurotic one is, by means of his symptom to look for an arrangement, enjoyment, wellness in the culture. In the useless thing that turns out to be the tour of the drive without goal other than death, anguish requires us to move from one moment to another in an act, a word

¹Facultad de Psicología, Campus Xalapa. Universidad Veracruzana. Correo electrónico: barriosrodriguezdiego1@gmail.com

in the speech. The true value of freedom will be to know that you can decide to die and then continue writing.

Keywords: Death, depression, grief, distress, hysteria.

Geoffrey Gorer (1965) apuntando a la misma línea lógica que Philippe Ariès (2007) señala que la muerte en el siglo XX en occidente se ha convertido en tabú, en algo innombrable. La muerte ha reemplazado al sexo como principal interdicción. Ariès (2007) menciona que la necesidad milenaria del duelo, fue reemplazada a mediados del siglo XX por su prohibición. El duelo sin embargo no ha sido inhibido, ha pasado a ser anónimo, la persona sufriendo debe esconder y maquillar el dolor y la angustia que provoca una pérdida.

Siguiendo a Ariès (1983) notamos que la muerte, como sucedió en su momento con la sexualidad o la locura ha devenido con diferentes variables históricamente. De la cual se rescatan tres grandes momentos:

Primero era una muerte “natural” y pública organizada incluso por el propio moribundo, la muerte era ritualizada abiertamente, se trataba entonces de un sentido colectivo y socializado de la muerte. Cazenave leyendo a Ariès menciona que “los cuerpos se confiaban a la Iglesia y se enterraban en osarios comunes donde se celebraban también fiestas” (Cazenave, 2010: 3)

El segundo surge a partir del siglo XII que siguiendo las coordenadas de la época evoca a la individualidad; es entonces que el hombre toma conciencia de la muerte propia. El sentido que da la Edad Media es el carácter dramático del que antes carecía; es ante la muerte que el hombre comenzó a adquirir una mayor conciencia de sí mismo.

El tercero se da a partir del siglo XVIII, el hombre occidental da un nuevo giro a la significación de la muerte. La exalta, menciona Cazenave (2010), la dramatiza, pretende que sea impresionante y acaparadora. Pero el punto central aquí es que ya no se pregunta y se preocupa por la muerte misma, la pregunta radica en la muerte del otro y toma también un sentido erótico, se tienden rieles de arte sobre

los cuales desprenden distintos “destinos” sobre la muerte: litros de tinta corren en la literatura teniendo como objeto a la muerte, y Pieter Brueghel el Viejo (1562) pinta “El triunfo de la muerte”. Se confirma, dice Jean Allouch (2006), la observación de Ariès según la cual el duelo freudiano deriva del romanticismo.



“El triunfo de la muerte”
Pieter Brueghel el Viejo.
(1562)

En la actualidad Luís López señala sobre la muerte:

“Los hospitales sustituyeron a la casa como el ámbito mortuario. Luego el cuerpo cadavérico tiene que ser exhibido dentro de los cánones de la última moda, para que la muerte no sea sino mercancía. Nacemos y morimos dentro de circuitos económicos, en los cuales somos rentabilizados y presentados en la vitrina del féretro hasta el último momento, como producto de intercambio, trueque, puro artefacto mercadeable, y quizás más” (López, 2006: 16).

Márcos Gómez describe el velo que cae sobre la muerte en el hospital, leamos:

“(…) se destierra a la muerte del hospital; no se le permite que ocupe un lugar en este centro de curación. Incluso al propio moribundo se le intenta enmascarar la muerte. El médico le administra morfina –frecuentemente por primera vez- para ahorrarle un fin demasiado doloroso, pero no deja de hacer con ello lo que todo el mundo desea en secreto: que la muerte acontezca en plena inconsciencia” (Gómez, 2006: 9)

Este párrafo ilustra a la muerte de finales del siglo XX e inicios del XXI, en donde como ya mencionamos se da un giro hacia la gran negación de la muerte y la eliminación del duelo² (Cazenave, 2010). Entre las causas que resalta López (2006) se ubican al proceso de industrialización, a la religión y al capitalismo con su imperativo de goce quien ordena aumentar el placer sin límite y disminuir el dolor. El sujeto ante la muerte ya no puede mostrarse triste, según los criterios del DSM-IV el sujeto tiene los días contados para llorar a su muerto, si los excede, o hasta si no los alcanza estaremos hablando de “depresión³” como una enfermedad, el proceso normal se transforma en algo patológico.

Pero, ¿La “depresión” es una enfermedad o un momento de lucidez? ¿Está enfermo aquel se “deprime” porque no encuentra un empleo y nota que en lugar de que encuentre trabajo próximamente las tasas de desempleo crecen día a día o es un sujeto angustiado ante el desierto de lo real que enfrenta?

El psicoanálisis nos enseña que la “depresión” tiene una singularidad, y que como entidad nosográfica termina no existiendo. Ergo, se encuentra inaceptable unificar las diversas manifestaciones depresivas bajo el término reductor de depresión. “La clínica psicoanalítica da cuenta, en términos de estructura, las distintas formas de depresión que encuentra: inhibición, angustia, duelo, pasaje al acto, rechazo al inconsciente, etc.” (Spurrier, 2006: 4).

Coincidimos con Claudio Godoy (2006) al ubicar a la depresión como un término fundamentalmente moderno y que a su vez puede ser ligado con la incidencia del capitalismo. Es ese pecado que violenta la ley del trabajo capitalista, el deprimido y su desgano, atenta contra el imperativo de producción y trabajo que sostiene el sistema.

Podemos suponer entonces que su promoción está íntimamente ligada al capitalismo y a la incidencia de la ciencia moderna. Porque

² Se habla aquí de la eliminación del duelo como un “trabajo” y no como un proceso; el trabajo del duelo típicamente conocido con sus cinco etapas y desarrollo casi cronológico parece desaparecer en los sujetos actuales, sin embargo como proceso el duelo encarna diversas formas.

³ Utilizamos el entrecomillado para indicar que NO estamos de acuerdo con el uso del concepto pero que recurrimos a él por su uso generalizado. Sabemos que éste concepto se popularizó por la psiquiatría, hoy no es difícil encontrarse que un paciente “vengo porque estoy deprimido”.

fundamentalmente la insistencia en pensar ciertos fenómenos clínicos desde la perspectiva de la depresión tiene una estrecha relación con el avance de los medicamentos, del abordaje farmacológico del sufrimiento humano (Godoy, 2006: 6).

Actualmente la muerte se nos presenta como maquillada, el muerto es embalsamado y revestido con ropajes elegantes para la ocasión, los olores corporales son cubiertos con una gama amplia de lociones florales, la piel que comienza su proceso natural de descomposición, al igual que los demás órganos, es maquillada. En suma pareciera que actualmente ya no presenciemos el entierro de un muerto, a lo sumo estamos frente a un no-vivo.

Tal pareciera que la *psicofarmacología cosmética* introducida por el psiquiatra estadounidense Peter Kramer (1994) en donde propone utilizar los psicofármacos para transformar la personalidad y tornar al individuo más competitivo, más acorde a los tiempos que corren (Godoy, 2006), ha abordado tangencialmente a la muerte en su núcleo real, haciendo pasar en el difunto una “muerte encubierta”, recae el velo en lo ominoso de la muerte. A partir de “escuchar al prozac” se abre el espacio en la psiquiatría para la utilización del psicofármaco para lograr una estética de la personalidad y una *cosmética de la muerte*.

Al respecto Liliana Cazenave enuncia:

“El tabú de la muerte toma diversas formas: ya sea se la banaliza como ocurre en los dibujitos animados donde los personajes mueren y resucitan indefinidamente; se la exalta como excepcional como es la muerte violenta, tema preferido en los noticieros y ficciones televisivas y cinematográficas, o se la destaca en las figuras públicas cuyos funerales constituyen espectáculos que se cubren paso a paso por todos los medios. Pero es sobre la muerte ordinaria, la de todos los días, sobre aquella que nos es cercana, donde recae directamente el tabú” (Cazenave, 2010: 2).

Otra forma de banalizar a la muerte es mediante la exposición continua de los sujetos a una muerte anónima, colectiva y agresiva. La televisión como aparato

ideológico del estado⁴ se encargará de promocionarla continuamente, en las noticias, películas, series, etc. En el tiempo en el que vivimos no nos resultará difícil descubrir la penetrante cotidianeidad de la muerte, su carácter envolvente, agresivo y poderoso.

Sabemos por Lacan que la muerte y la sexualidad son dos grandes vertientes que enmarcan un límite con lo real, de la muerte al igual que de la sexualidad poco o nada se puede articular, pero es gracias a que nada se puede escribir que se articulan los discursos.

Cazenave menciona: “La sexualidad hace surgir a la muerte. La pulsión presentifica la sexualidad en el inconsciente y representa su esencia la muerte” (Cazenave, 2010: 2). Más adelante en su texto “El duelo en la época del empuje a la felicidad” la autora dirá:

“La ritualización de la muerte, hecha de prohibiciones y concesiones, ha sido la estrategia global de tratamiento discursivo a través de las épocas. Los ritos introducen la simbolización de ese agujero real que constituye la muerte; los tabúes prohíben lo imposible de simbolizar, esta falla insoportable en el saber” (Cazenave, 2010: 4).

Se deja entrever que la muerte como ausencia de significantes, es también ausencia de castración, retomando al núcleo del duelo como un duelo estructural. Pero lejos de partir y ser excluida la muerte retorna siempre y de los modos más siniestros, como un malestar en la cultura.

Pero ¿qué podemos pensar del tratamiento que se da a la muerte en una época en la que impera el discurso capitalista que, como sabemos, rechaza la castración anulando lo imposible? (Cazenave, 2010: 5)

A partir de lo hasta aquí expuesto también podríamos preguntarnos ¿qué relación hay entre la posición de la ideología de Derecha, de la Izquierda –ambas dentro del discurso capitalista- con el lugar del amo y de la histeria en el discurso? La respuesta

⁴ALTUHSSER, L. (1988) Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan. Buenos Aires; Nueva visión.

a esta pregunta podría llevarnos eventualmente a dar cuenta qué posición subjetiva conlleva al enfrentamiento del amo en un ejercicio que involucra un pasaje al acto como en algunos casos de suicidio, o la posición del sujeto ante la muerte.

¿Cómo se posiciona ante el goce la estructura histérica? Antes de entrar en este asunto conviene recordar la definición de histeria, quizá la más breve, clara y sucinta, que también le debemos a Freud "Debemos considerar como histérica a toda persona que en una situación de excitación sexual no experimenta placer sino por el contrario desagrado". (Freud, 1976: 210). En la histeria entonces tenemos que ahí donde debería haber placer encontramos desgano o incluso indiferencia cuando no franca aversión. ¿Será entonces que el goce de la histérica consiste en renunciar al placer sexual?

Javier Torres (1999) da una pauta:

“Sin duda una de las características más notables del comportamiento histérico consiste en una actitud abiertamente seductora seguida de una huida que deja a la pareja con una sensación de frustración y enojo. La histérica parece condenada a la insatisfacción; sexual y en todos los aspectos de su vida, pues como también lo vio claramente Freud, el comportamiento sexual es prototipo del comportamiento en general”.

Juan Capetillo en su artículo “Sueños e histeria: la muerte en el discurso de la histérica” puntualiza y se interroga sobre el lugar que ocupa la muerte en el discurso histérico:

“En términos generales las histéricas hablan poco de la muerte, sobre todo si comparamos la presencia de este significante en el habla del obsesivo. ¿Es que no le temen? O ¿no les preocupa? Algunos sujetos histéricos, en contraste con el dolor que les causa la muerte de un ser querido, experimentan una especie de anestesia manifestada en el no llanto o en la ausencia de expresiones dolorosas; otros, como por principio, se niegan a asistir a los ritos fúnebres, lo que nos recuerda, en contrario, aquello que

ocurría con el hombre de las ratas, quien no perdía oportunidad de acudir a un entierro o a un velorio. ¿Qué pasa con el tema de la muerte en la histeria? ¿Prefieren no pasarlo a la palabra y se "mortifican" en el cuerpo?" (Capetillo, 2000: 47)

Freud en su texto "Histeria" (1888) descarta la posibilidad de muerte en todos los casos de histeria. "Esta afirmación resulta contundente pues según Strachey, son varias las ocasiones en que sostiene esto, contra la opinión de Janet" (Capetillo, 2000). Ahora, es el propio Freud que pone en contraste esta afirmación más de 30 años después cuando desarrollando teoría alrededor del concepto de Superyó en el capítulo V de "El yo y el ello" (1923), el médico Austriaco asegura que en comparación con el neurótico obsesivo, en los histéricos sí existe el riesgo del suicidio, es decir, mientras que para el obsesivo la muerte es un asunto absolutamente recurrente en el habla, éste aparece inmunizado ante la eventualidad del acto suicida; el sujeto histérico si recurre a la muerte como acto. Se deduce entonces que no sólo hay posibilidad de muerte en la histeria, sino que, inclusive, ésta puede darse por la vía de la autoeliminación.

Escribe Capetillo:

"Curiosamente, si bien Freud no explica metapsicológicamente por qué descarta esta posibilidad en el obsesivo, no nos dice por qué sí puede darse en la histeria; aunque, siguiendo sus propios argumentos, sea posible deducirla. En la conservación del objeto, y la seguridad que esto proporciona al yo está la clave de esta inmunización del obsesivo" (Capetillo, 2000: 49)

Freud también da un lugar a la muerte en "La interpretación de los sueños" (1900) cuando hace análisis de los sueños de muerte de personas queridas. Al respecto Capetillo dice:

"Si bien la aproximación no es exclusiva de lo que ocurriría con estos sueños en la histeria, no deja de haber un enfoque específico que definitivamente demuestra la manera singular como aparece la muerte en la histeria. La comparación con la obsesión es asaz ilustrativa. Mientras que este último se defiende del deseo de muerte con formaciones reactivas, la defensa en la

histeria supone excluirlo de la cadena asociativa, reprimirlo, aún en los sueños; o bien, y esto sería también típicamente histérico, identificándose con el muerto como una manifestación de duelo por el impulso hostil hacia el ser querido” (Capetillo, 2000: 50).

Al respecto de la histérica retomemos a Lacan (1969) en su Seminario XVI “De un Otro al otro” para alertar sobre esta situación en base al caso de Ana O., dice Lacan: “...pueden constatar que el correlato de la muerte está en juego en lo que la histérica abona de lo que se refiere a la mujer. La histérica hace al hombre que supondrá la mujer saber. Es precisamente porque ella está introducida en ese juego por algún sesgo donde la muerte del hombre está siempre interesada ¿Es necesario decir que toda la introducción de Ana O. en el campo de la histeria no es otra cosa que giro alrededor de la muerte de su padre? ¿Es necesario recordar el correlato en los dos sueños de Dora, de la muerte, en tanto implicada en el alhajero de la madre? “No quiero dice el padre que yo y mis niños perezamos en las llamas a causa de esta caja”. Y en el segundo sueño de lo que se trata es del entierro del padre” (Capetillo, 2000: 189).

Se habla entonces con estos casos del deseo inconsciente de muerte hacia los seres queridos, especialmente el padre, teniendo como efecto una posición suicida de la histérica que, aunada con la melancolía y que supone el imperativo superyoico llevan a una identificación con el muerto como un acto de expiación ante el impulso destructivo. Para Freud el sentido y la intención de estos ataques residen en que suponen una identificación con un muerto, con alguien que ya murió o que aún vive pero del cual se desea su muerte. Por medio del ataque se castiga el sujeto que experimenta el deseo de muerte: ha deseado a otro la muerte, y es aquel otro y está muerto (Capetillo, 2000: 49).

Néstor Braunstein (2008) en su artículo “La transferencia en los cuatro discursos” nos muestra que todo discurso sólo se sostiene por una posición de goce, manifestándolo en y con la transferencia. La palabra pasa a ser un dispositivo de goce, también es objeto a. El discurso histérico está ordenado por un goce específico: el de la falta.

El advenir de la muerte dentro del gozoso discurso de la histérica viene a inaugurar el tiempo cronológico, da sentido a la vida como una justa medida de la misma, es la vara con la que se mide una duración, la posibilidad de un momento. La muerte da paso al tiempo en la medida en que el deseo obliga al movimiento.

El psicoanálisis no pretende ofrecer la llave de la felicidad al paciente que sufre, a lo sumo en análisis se consigue hacer de la vida algo menos gravoso. La idea freudiana no es que un sujeto pueda vivir sin ningún tipo de pena, de dolor; la apuesta de Freud es dar las herramientas al sujeto para enfrentar ese *mal-estar* en la cultura de otra manera que no sea la miseria neurótica.

En época de Freud había una forma de *bien-estar* en la cultura, sería válido entonces hacernos una pregunta más: ¿En nuestra época, que claramente ya no es la de Freud, la clínica psicoanalítica puede ofrecer las herramientas necesarias para que el sujeto pueda *bien-estar* en la cultura y que no sea *ex-sistiendo*? Es más ¿hay un *bien-estar* en nuestra cultura? Preguntas harto complicadas de responder y que sin duda necesitarían un capítulo aparte.

En “El malestar en la cultura” Sigmund Freud (1930) plantea tres fuentes de sufrimiento humano, leamos:

“(…) La supremacía de la Naturaleza, *la caducidad de nuestro propio cuerpo*⁵ y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad” (Freud, 1998: 29).

Ahí mismo, el médico vienés señala una posible vía que tiene el sujeto para conciliar a la muerte dentro del malestar en la cultura:

“Jamás llegaremos a dominar completamente la Naturaleza. Nuestro organismo, que forma parte de ella, siempre será perecedero y limitado en su capacidad de adaptación y rendimiento. Pero esta comprobación no es, en modo alguno, descorazonante; por el contrario, señala la dirección de nuestra actividad” (Freud, 1998: 29).

⁵ Cursivas mías.

Pero, ¿cuál es ahora la dirección de nuestra actividad? Se trata quizá de una vida ética y recurriendo a la sublimación como eje ideal para *bien-estar* en nuestra cultura.

La apuesta del psicoanálisis actualmente necesita apuntar a devolver la palabra al sujeto ante la muerte, suena a imposible, pero ya Freud decía que el psicoanálisis mismo es un imposible, y lo seguimos intentando. En este sentido la relevancia del psicoanálisis es tratar con lo real pero trascendiéndolo. Se trata de restituir la trama significativa que trate a ese agujero real al que confronta la muerte.

Devolver la palabra significa quitar la *a-dicción* que las *sustancias embriagadoras*⁶ proporcionadas por la psiquiatría moderna. Se trata pues de construir una respuesta distinta ante la falta estructural y devolver a la muerte como causa de deseo⁷ y no quedarse ante ésta en la distracción y la embriaguez.

En lo inútil que resulta el recorrido de la pulsión sin meta otra que la muerte, la angustia, que también es angustia de muerte, nos obliga a pasar de un instante a otro en un acto, una palabra más dentro del discurso. El verdadero valor de la libertad y del suicidio como un pasaje al acto, será saber que se puede decidir morir y sin embargo continuar decidiendo, continuar escribiendo.

Referencias Bibliográficas

ALLOUCH, J. (2006) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires; Ediciones literales.

ALTUHSSER, L. (1988) *Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires; Nueva visión.

ARIÈS, P (1983) *El hombre ante la muerte*. Buenos Aires; Taurus ediciones.

ARIÈS, P (2007) *Morir en occidente*. Buenos Aires; Adriana Hidalgo Editora.

BRAUNSTEIN, N. (2008) *La interpretación psicoanalítica*. México; Trillas.

⁶FREUD, S. (1998) *El malestar en la cultura*. Madrid; Alianza editorial.

⁷ Para esto es imprescindible la posición del analista como *pettit a*.

- CAPETILLO, J. (2000) *Sueños e histeria: la muerte en el discurso de la histérica*. Semiosis nueva época. 6 P.p. 46-51
- CAZENAVE, L. (2010) *El duelo en la época del empuje a la felicidad*. Virtualia. 21.
- FREUD, S. (1998) *El malestar en la cultura*. Madrid; Alianza editorial.
- FREUD, S. (1992) *Sigmund Freud Obras Completas. Estudios sobre la histeria y otras obras (1893-1895) II*. Argentina; Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1992) *Sigmund Freud Obras Completas. El Yo y el Ello y otras obras (1923-1925) XIX*. Argentina; Amorrortu editores.
- GODOY, C. (2006) *Tristeza y depresión*. Virtualia 14 Pp. 2-8
- GÓMEZ, S. (2006) *El hombre y el médico ante la muerte*. España; Ediciones Arán.
- GORER, G. (1965) *Death, grief and mourning in contemporary Britain*. Nueva York; Doubleday.
- KRAMER, P. (1994) *Escuchando al Prozac*. Barcelona; Ed. Seix Barral.
- LACAN, J. (1969) *Seminario XVI. De un Otro al otro*. México; Paidós.
- LÓPEZ, L. (2006) *Historiar la muerte (1508-1920)*. Puerto Rico; Ed. Isla Negra.
- SPURRIER, P. (2006) *Adolescentes, depresión y modernidad*. Virtualia. 14 Pp. 2-6
- TORRES, J. (1999) *Goce de la histérica, un caso de relación simbiótica*. Archivo consultado en línea en: www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/download/22834/21559 el 29 de septiembre de 2013, 22:30hrs.